

**AUDIENCIAS PÚBLICAS DE CASOS EN LIMA**

**PRIMERA SESIÓN**

**21 DE JUNIO DE 2002**

**9 A.M. A 1 P.M.**

Caso número 2: Julia Castillo Jopa

Testimonio de la señora Julia Castillo Jopa

Doctor Salomón Lerner Febres

La Comisión invita a la señora Julia Castillo Jopa a que se aproxime para brindar su testimonio. Le rogamos ponerse de pie. Señora Julia Castillo Jopa, la Comisión de la Verdad y Reconciliación desea conocer su testimonio sobre los hechos de violencia sufridos por usted y sus familiares. ¿Promete usted solemnemente hacer su declaración con honestidad y buena fe, y decir solo la verdad sobre los hechos que nos va a relatar?

Señora Julia Castillo Jopa

Muy buenos días señores.

Doctor Salomón Lerner Febres

Sí promete. Bien, muchas gracias. Pueden tomar asiento.

Doctora Beatriz Alva Hart

Señores, Julia, en nombre de la Comisión de la Verdad y Reconciliación le agradecemos su presencia, su valentía por estar el día de hoy con nosotros y podernos contar su testimonio. Tenga la seguridad que los miembros de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, todo el público presente y todo el público que la ve a través de los medios de comunicación, la va a escuchar con mucho respeto. La invitamos, pues, a dar su testimonio.

Señora Julia Castillo Jopa

Muy bien, doctora. Muy buenos días, señores, con todo mi... me he llegado... yo soy, este... vengo a dar mis testimien-tos a la Comisión de Verdad. Lo que yo he pasado o lo que he sido antes, como he vivido... Bueno, yo vengo a dar mis testimonios. Que he sido una mujer ya separada de mi esposo y tenía tantos hijos, era madre sola, vivía... Mis hijos estudiaban. Yo tenía mi tiendita, que daba para los estudios, para darle de comer a mis hijos, y así estábamos y entraron los compañeros. Y de ahí quemaron todo el pueblo, la provincia Lucanas... Puquio. Instituciones, quemaron al Banco de Crédito, el Concejo, toda la institución lo ha... toditito. Murieron las guardias republicanos, los policías. Montón de tragedia ha pasado. Y corrieron, eran a las nueve de la noche nomás. Estuve yo ahí ya con mis hijitos y tocaron la puerta. Corrían para acá, para allá. Y dije que quién era, diciendo abro la puerta y ahí estaban bastantes señores, corrían para acá, tocando la puerta. Gritaban. Después escuché unos sonidos que sonaban a bala, pum, pum, que tiroteos por acá, por allá. Corrían. Después otros tocaban, pateaban la puerta, «Abre, abre», diciendo, y con miedo ya no podíamos estar ahí. Y, un momento, otro, que no podía yo soportar. Me desesperé, dije: «¿Quién es?, ¿quién es?». Pero unos tiroteos feos, feos. Después salí y miré. Subí para arriba, miré, humo nomás ahí ya estaba. Y eso se estaba quemándose el Concejo. Después la cárcel, el puesto que estaban los presos. Y humo nomás

ya, ya apagó la luz bien oscuro, ya no había luz, todo oscuro. Gritaba la gente. Y mis hijos también estaban en la calle. A las nueve de la noche era temprano. Y todos los chicos gritaban en la calle, en la plaza. Yo de miedo: «Mis hijos, mis hijos», diciendo, «¿qué será eso?». «Han entrado los compañeros, los compañeros», decían. Y con miedo así, doctora, y amaneció, ya no podíamos dormir con miedo, pues temblando mi hijitos, también. Y, al amanecer, tempranito salí a mirar qué es lo que había pasado. Y veo, voy a la plaza, todo negro estaba el Concejo, el Banco Crédito, no había nadie. Hemos salido como tres, cuatro señoras, nomás a ver qué es lo que había pasado. Y después nos dijo del hospital... me encuentro con un sanitario, que era una amistad, me dice ahí qué cosa ha hecho: «Todo el Concejo, ha quemado el banco, el policía, también el guardia republicano». Después vamos más abajo, más arriba, así mira... Ahí le veo a un hombre que estaba tirado, muerto. Tenía su canchita, su coquita, estaba tirado, un hombre bien flaquito, estaba tirado. Vamos allá más abajo del militar, también estaba muerto con unas bombas.

Esos seguro habrán sido compañeros... Son estos... Estaba tirado. Y miramos y así estábamos andando, pues, ¿no?, y regresamos a nuestra casa de miedo. De cierto ya no salíamos ya a la calle y no había negocio. Ya no había ni que hacer comer a nuestros hijos, ya no entraba ni a la tienda nadie, se ha cerrado nomás ya. Adentro estábamos con miedo. Y así pasó un tiempo de una semana, pidieron... este... los sinchis llegaron. Y como yo tenía mi tiendita, entraban a consumir. Yo despachaba así unos licores para poderme mantener con mis hijos, ¿no? Yo tenía mi negocio y mi tienda. Yo vivía con eso, entonces yo despachaba. Y cierto tiempo entró los sinchis, con esos vestidos verdes, marrones, medio moros. Y yo inocentemente dije: «¿Qué cosa?». «Ya», me dice. Entró y de improviso y empezaron a buscarse mi casa, mi bebe estaba durmiendo encima de mi cama y mis hijos no estaban ahí porque ellos estudiaban. Salieron a hacer sus tareas así, a la biblioteca, y ellos no sabían que estaban pasando esas cosas conmigo. Y de ahí, todito mi cama lo botó, todas mis cosas las ha roto, todito mis negocios los ha desarmado. Todito, a mi hijito también lo ha tirado al suelo, lo ha asustado. Yo lloraba. Dijo: «¿Por qué acá tú has alojado a los terrucos, a los compañeros tú has dado de comer? ¿De quién es esta cama?, ¿de quién es esta cuchara?, ¿de quién es?, ¿para qué has cocinado?, ¿a dónde has salido?, ¿tú has visto?, ¿tú conoces a Edith Lagos, a la jefe de la compañera? Avísame», diciendo. Me amarró la mano, me vendó toditito mis... «¿Por qué me ponen? Yo soy una mujer inocente, yo tengo tantos hijos, yo soy madre sola, como me ponen... y ahora mi hijo, ¿cómo voy a dejar solito porque mis hijas también han salido y ellos no saben lo que estoy pasando?, ¿cómo me pueden hacer?». «¡Ya vaya acá!, ¡sube, carajo, calladita!, ¡no me hables, carajo!», diciendo me tiró un cocachazo con su bala acá. Y me metieron así con un costal, me pusieron mi pie, me cargaron, me amarraron todo, no he visto, no sé a dónde me han subido. Pero ya, ya escuchaba ruidos nomás ya. «¡Cuidado que tú mires, ah!, ¡cuidado que mires!, ¡cierra tus ojos, cierra tus ojos, cuidado que mires!». Así pegándome, doctora, me ha metido al carro adonde ya me... Y me han destapado en el cuarto ya que me van a torturar, allá me sacaron la venda, me soltaron mis manos. Y me preguntó diciendo: «¡Avísate, avísate! ¿Tú sabes a dónde han ido?, ¿has salido?, ¿tú sabes?, ¿tú has alojado a esos compañeros?, ¿tú has dado de comer? Sino te vamos a matar, sacar un cuchillo. Abre tu boca». Me hicieron sacar la lengua, doctora. Y me torturaron, me tiraron al suelo, me pisaron en la espalda, me tiraron acá un culatazo de su fusil, pum, y el otro en la espalda, el otro una patada, me torcieron la mano, mi cabeza me estiraron, hacerme así al hacer plancha, me hacía hacer plancha. Yo lloraba, no podía soportar. ¿Y qué hacía? Todo lo que me obligaban tenía que hacer. Llorando, pero ese dolor ni me dolía con esos nervios que me hacía. ¿Pero qué voy hacer? Pero pensándolo en mis hijos ya, que me había dicho «Te voy a matarte, ¡avísate la verdad!». Me han desnudado, todo. «¿Qué cosa te han hecho los compañeros?, ¿te han obligado?, ¿no?, ¿te has cargado arma?, ¿tú has cargado bomba?, ¿tú has matado personas?, ¿a cuántas personas has matado tú? ¡Avísate, sino te vamos a matar! Ahorita te vamos a hacer... Abre el pozo, rápido para que esta mujer muera ahí. Echa agua para que se atore», ha dicho. Ahí ya se me rebelé, le dije: «Yo tengo tantos hijos y un bebe que ahora me han hecho abandonar, ni siquiera compasión tienen. Parece que no hubieran nacido de un vientre, de una madre. Ustedes han nacido de una mujer. Pero yo siendo así como ustedes, tendría profesión, yo nunca haría así a una mujer, injusta, una mujer inocente,

¿cómo yo podría pagar culpas ajenos que no he sido culpable? Y los culpables están tranquilos, pero los culpables no. Yo no he sido nada», le dije. Entonces me seguían torturando. Ya de ahí a otra persona también, a varias personas empezaron así a torturar. Ese de abajo también era así, gente inocente, no era tampoco culpable. Como a cuatro personas nos han llevado, eran dos varones, yo era la mujer. Y así me seguía torturando, pero yo dije: «¿Qué cosa voy a hablar, si yo no sé nada? No sé nada». Lloraba y torciéndome la mano, todo. Hasta ya no podía respirar y le dije: «Dame agüita, por favor», le dije. No me quiso... Me ha dado... Agarró... Orinó pichi y me alcanzó pichi, para tomar eso. No lo tomé. De ahí empezaron a torturarnos. Nos metieron al cuarto, ya era las seis de la tarde, ya.

Como tres horas nos tenía así, tiritando, hasta sin chompa me ha llevado, sin ropa. Mis hijos no sabían. Mi comadre también no sabía esa horita y ya le habían contado otras personas que me habían llevado. Ahí recién se ha enterado mi comadre. Y ya me metieron a las seis de la tarde a un cuarto, nos metieron a las tres personas que nos han llevado juntas. Y de ahí, a las doce de la noche estoy tiritando, no tenía ni cama, ni nos daban, señorita, ni para encargar a nadie pues. Ahí tiritando me fui toda la noche. Llamó por mi nombre, «¡Julia Castillo!», diciendo uno de los guardias. Pero yo dije: «Soldados esos sinchis han sido, no creo esos policías nada, esos sinchis que nos han traído»... Porque... Y me metieron a un cuarto de noche, había oscuro, oscuro, sin luz, sin nada. Y me dicen: «¡Desnúdate! ¡Rápido carajo!». Me tiró un culatazo con su fusil acá en mi brazo. Ahí yo dije: «¿Cómo me voy a calatear?, ¿para qué?», le dije. «¿Para qué? Te estoy diciendo. ¿Para qué? Para que mueras», me dice. «¿Cómo voy a morir, jefe?», le dije. «¿Cómo voy a morir?», diciendo me he puesto a llorar. «¡Cállate, concha su madre!, ¡no llores! ¿Por qué lloras, ah? Si hoy día morir, mañana morirse, igualito», me dijo. Entonces me empezó a sacar mi ropa, así no quería y él me sacó todo, todos mis zapatos lo sacó y había una silla así, me estiró ahí. Yo no quise y me quitaba. «¿Qué cosa me va hacer usted?». «¡Cállate, concha su madre, carajo! ¡Tú eres terruca! ¿O quieres, ahorita yo te hago desaparecer y no pasa nada?», me dijo. «Ya, pues», le dije. Así le dije, me rebelé: «Ya, pues, de una vez, ¿qué cosa tanto me castigas?, endenantes, ayer me castigó, ahora igualito. ¿Todavía no están conforme? ¡Qué abusivo son ustedes!», le dije. «Sigues hablando, concha su madre», me pegó. Después me tendió a una silla, empezó a hacerme la violación. Me violaba. Después de violarme: «¡Ya vaya!, ¡vaya a tu cuarto!», diciendo me metió. Yo lloraba. Otra noche, así igualito, de vuelta. A los jóvenes también los sacaría para que los castiguen así. De vuelta a la siguiente noche, así nos violaba, así. Seguía violándonos. Yo dije: «Mamacita linda», yo dije, «ahora de repente que tal me aparezco gestando todo, ¿y qué hago?». Yo lloraba y ellos no tenían compasión por una mujer, que hacían así su propia justicia. Cuando yo era inocente a todo, esos casos he pasado, doctora, doctor, y después ya nos tenía detenido ya. ¿Qué cosa nos hacía hacer? Ya después nos sacaron afuera y nos hacía cocinar, nos hacía lavar su ropa, ya nos tenía de su muchacha ahí. Nos utilizaba. Y de un siguiente, otro, ya me trajo mi hijito, mi bebito, que lloraba.

Mi comadre había mandado a mi hijita comida, no lo soltaba para que me dé de comer a mi hijita, ya era una señorita que estaba en el colegio. Y no le soltaba y yo estaba de hambre y me hacía cocinar todo y no nos daba de comer. Mi bebe de hambre. Y recién ya cuando ya al día, tercer día, ya había ido a llorarle mi comadre, le había dicho: «Anda donde el padre para que venga él... ¿Cómo se llama éste?».

Amiga de la señora Castillo Jopa

Este... ¿puedo participar, no?... Este algunas partes mi comadre se olvida por todo lo que ha pasado, ¿no? Este quisiera agregar a su testimonio, porque yo también he sido la persona más directa de repente. Como ella tenía su tienda, yo era profesora, de vez en cuando le ayudaba porque ella tenía sus hijos estudiando en el colegio, en el instituto. Como dice ella, era una madre sola. Al enterarnos de lo que le habían llevado los sinchis, era incomunicado, no podíamos, no podíamos ir a visitarle también porque nosotros corríamos el mismo riesgo, el mismo peligro. Cuando decían «Los sinchis», ya teníamos que ocultarnos las familias o las amistades directas de la familia que estaba detenida. Entonces, teníamos que utilizar a su hijita para que le lleve la comida, pero no la dejaban entrar. Llegó una noticia diciendo que se lo iban a llevar en

helicóptero. No hacían caso ni a los abogados, ni a las autoridades del local. Entonces, para eso hay unos padres de Alemania y ellos tenían conocimiento de la Cruz Roja. Gracias a ellos de repente mi comadre ahora está viva, porque se lo hubieran desaparecido. Ellos ya le... Actuaron. Habrán hablado, no sé qué habrán hecho, y salió mi comadre. Y ella que siga con su testimonio.

Señora Julia Castillo Jopa

Ahí vino la Cruz Roja. Entró primerito el padre, después de ahí vino el Cruz Roja. Me preguntó mi nombre, cómo me llamaba, de dónde era, cuántos hijos tenía. En eso le lloré. «Mira... éste», yo le dije, «padre, sálvame de esta situación». «¿Tú eres culpable, hija?», me dice. «No, yo no soy culpable. Una mujer, yo soy una mujer humilde, abandonada por mi esposo, tantos hijos que yo tengo. Yo soy una mujer y mi hijo cómo queda traumatado, todo», diciéndole lloré. «Ya no te preocupes, hija, pronto vas a salir. Estate tranquila nomás; más bien no te preocupes», así me ha dado un consuelo el Cruz Roja, ya recién me he apaciguado. Dije: «Seguro voy a salir». Porque yo pensaba: «Seguro uno de estas noches me va a matar, me va a ser perder. ¿Qué será la vida de mis hijos, si su padre también no está? ¿Y qué van a hacer?», así yo lloraba y no podía ni dormir nada y que tanto que me han torturado mi cuerpo me dolía, hasta no podía agacharme, hasta no podía moverme, mi espalda, todo lo que habían maltratado y todo lo que me han hecho. Me han amarrado la mano, me han doblado, me ha hecho pasar electricidad, todo.

Yo estuve mal y ahora me quedo enferma y toda destraumada. Estoy con todo ese golpe, me siento mal, yo tengo hijos pequeños todavía que puedo mantener, pero yo sigo pensando por culpa de esos que han entrado, los compañeros, varios inocentes hemos pagado, que no éramos injustas, que no éramos... Ningún culpa no teníamos nosotros. Y tantas personas, no solo yo, tantas personas que está pasando esa situación. De ahí, pueblo de Puquio quedó como... como desierto. No había luz, no había alumbro, ni andaban la gente, con miedo, se corrían para allá, hasta ya no vivían en su casa. ¿Qué cosa íbamos a hacer? Todas nuestras cosas se han perdido. Por ejemplo, lo mío no había. Cuando yo salí, no había, no tenía ni plata, ni un sol para dar un pan a mi hijo. No tenía ni para comprar azúcar. Una vida que he pasado. Lloraba. Entonces, ¿yo qué hacía? Ya no tenía, iba a juntar para darle de comer a mi hijo. Y mi comadre eso me miraba. «Ay, comadre, ¿cómo podemos estar acá?». «Mejor», yo le dije, «¿a dónde me iría?». «Mejor vámonos a Ica». «Ya, pues. Como ya hay que retirarnos, pues, ¿qué vamos a hacer?, ¿con qué vamos a vivir?». Así, ¿no?, como ya no había nada teníamos que venir a buscar nuestra vida, pues. Y acá en Ica he buscado... Estábamos viviendo en una chocita. Como había terreno, hemos hecho con cuatro esteras un cuartito. Ahí vivíamos. Ella también tenía su hijita, yo también. A veces nos aburríamos. Ya de ahí me fui a otro terreno a vivir, haciendo mi chocita porque mi hijita tenía bronquios con tanto frío que corre aire en Ica. Y de esa manera no podía soportar el frío. Y una casita había buscado de adobe, ahí estuve viviendo. Y ahora, ¿qué voy hacer de la casa? También se aburrió. Me desalojó y tenía que hacer sacrificio para poder levantar un par de adobes. Y yo vivo pues así, tapado con estera y no tengo posibilidad. Pero ¿quién tiene la culpa? Los compañeros, que nos han destruido. ¿Cómo podríamos vivir en nuestra tierra, en nuestra casa? ¿Cómo sea, no? Los soldados, por la culpa de los compañeros, que todo nos han destruido, ya ahora vienen a abusarnos los sinchis. De ahí, los soldados, hasta a nuestras hijas, todo. Y hasta marginado y ahora vivo en esa situación, señores doctores de derechos humanos.

Este Comisión de la Verdad... eso yo vengo a dar mi testimonio. Bueno, ahora quisiéremos que el señor gobierno... que nos dé una ayuda, que nos recuerde aunque sea con algo, por nuestros hijos, que están ahí, pasando sufrimiento, tanto que no hay, que no tenemos económico. A veces salgo por negocio. ¿Qué cosa gano? A veces hay venta, no hay venta. Yo salgo con mi balde a vender agua de linaza. A las cuatro de la mañana me tengo que levantar para poder ganar cuatro, cinco soles. A veces no hay negocio, con frío, a veces me enfermo con los bronquios y a mis hijitos tengo que dar de pasaje para que vayan. Pan del día, a veces ya me quedo sin comer para darles de comer a ellos, tengo que quedarme, su pan, ya me voy a trabajar para su comida, para todo eso. Este sufrimiento que están pasando en Ica, no solo yo, tantas compañeras, tanto

nuestros, unas mujeres, unas señoras que son igual que yo, madres solas. Muchas señoras debe haber así, que tanto han pasado esos sufrimientos por los compañeros. Y yo quisiera pedir a nuestro gobierno que nos ayude para nuestros hijos, que nos recuerde, que nunca no nos olvide por esas tragedias que estamos sufriendo, Comisión la Verdad. Por eso yo estoy dando mi testimonio, toda esas cosas que he sufrido, que he pasado, tantos señores, tantos señoras también estarán pasando igual, todo lo que nos ha destruido, tantos desplazados que no tenemos de dónde agarrarnos. ¿De dónde? Ahora no hay negocio. Tantos niños enfermos, muchos, mis vecinos, a veces sus niños están con TBC, porque ya no tienen de dónde comer.

Por eso yo pido a nuestro señor gobierno que nos ayude, esos pueblos jóvenes que están abandonados. Señores, señores Comisión la Verdad, eso es lo que yo doy mi testimonio, testimonio. Gracias.

Amiga de la señora Castillo Jopa

Señores de la Comisión, quisiera agregar, ¿no?, esta oportunidad que nos están brindando... Como dice mi comadre, no nosotros nomás. En tanto, tantas personas hay en todo el Perú que hemos sufrido cosas muy crueles, más que nada las mujeres que han sido violadas y gracias por haberse recordado de todas las personas que hemos sufrido tantas tragedias, psicológicas más que nada. Y pido también aquí, a ustedes y a todos los presentes que están, que se acuerden de todos los niños huérfanos que ahorita, desde el ochenta, ustedes deben imaginarse están ya en estudios superiores. Tantos hijos de campesinos, de profesores, de policías que han quedado huérfanos, señores. ¿Qué hacen? Cuando quieren ellos superarse en las universidades, están cerradas las puertas. Tenemos que pagar una cantidad que no podemos y por más que sepan, por más que sean inteligentes, no pueden. ¿Por qué? Porque la universidad tenemos que tener vara para que pueda entrar. Tenemos que tener un apellido sonante para que puede ingresar. Nosotros le pedimos... No le pedimos que nos ponga una casa o nos den plata, sino que nos den trabajo para poder vivir en los sitios que estamos desplazados, señores. Nosotros venimos de Ica. Hay un sitio llamado Virgen Asunta. El ochenta por ciento de la comunidad de Virgen Asunta, residentes en Ica, somos desplazados por movimientos terroristas. Mineros, trabajadores, campesinos, profesores y policías. Ustedes, señores, ya que están viendo estos casos, preocúpense por la educación de nuestros hijos. Creo que eso no es mucho pedirles a ustedes. Gracias.

Doctora Beatriz Alva Hart

Muchas gracias a ambas por su valentía, por estar acá el día de hoy. Julia, ¿quieres agregar algo?

Amiga de la señora Castillo Jopa

Yo más bien quisiera agregar sobre mi comadre. Se ha olvidado a causa de todos los maltratos que ella tiene, ahora ella está enferma, incluso ha sido operada de un tumor que le apareció en la pierna. Ha estado dos meses en el Hospital Regional de Ica, y agradezco a Derechos Humanos de Ica, que siempre ellos ven por nosotros y a esa clase de instituciones quisiera que el gobierno apoye, porque ellos nos ayudan con medicamentos, van a hablar al hospital, a la asistente social para que no nos puedan cobrar la cama. Y muchas otras cosas más. Ahorita ella siente dolor de espalda, se olvida, se ha vuelto muy violenta. Y así traumas tenemos, señores doctores.

Doctora Beatriz Alva Hart

Muchas gracias, Julia, muchas gracias.

Señora Julia Castillo Jopa

Muchas gracias, doctora. Justamente yo siento esas cosas, pero ahora le agradezco bastante por lo que me ha traído a dar un testimonio como madre que he pasado esas violaciones, el sufrimiento que he tenido y he dado mi testimonio, mi testimonio, y quedo muy agradecida.

Doctora Beatriz Alva Hart

Nosotros somos los que te agradecemos a ti, Julia, por tu testimonio, por tu valentía de estar acá con nosotros, porque el dolor por el que tú has pasado hace que el Perú pueda tomar conciencia de toda la violencia por la que hemos pasado también todos. Ten la seguridad de que todos los aquí presentes nos solidarizamos con tu dolor, con el de tu familia y con el de toda tu población. Muchas gracias.